

son otra cosa que el fruto desventurado de un infame egoísmo, de su orgullosa razón, de su necia incredulidad !

Gloriémonos de ser cristianos católicos; expresémonos en sentido católico; grabemos en todas nuestras empresas el honorífico sello del catolicismo, desterrando de nuestro corazón el adulterio, la injusticia, el sacrilegio, la blasfemia, vicios que lo hacen inmundo en realidad: de lo contrario nuestra creencia es vana, ridícula, superflua, fingida. ¿De qué sirve que ofrezcamos á Dios el obsequio de nuestra fe, si las costumbres no están conformes con su ley sacratísima? Esta, esta es la que debemos estudiar continuamente, si queremos ser verdaderos sabios: llevándola colgada de nuestro cuello, teniéndola á la vista en todas partes, consultándola con sinceridad en todas las circunstancias de la vida, no llegarán jamás á seducirnos el mundo, sus placeres, sus vanidades ni sus riquezas; y conseguiremos además conducirnos con acierto en todas nuestras acciones; superar todas las dificultades que se opongan al desempeño de nuestros respectivos cargos por mas elevados y difíciles que sean; ser políticos hábiles, economistas profundos, magistrados rectos, súbditos fieles, cristianos verdaderos. Honremos á Dios en sus ministros; respetemos su voluntad soberana, prestando una ciega sumisión á las autoridades legítimamente instituídas; conformemos nuestras obras con las máximas augustas de la Religión; de esta Religión que es la única capaz, como la única verdadera, de asegurar nuestra dicha, nuestra bienaventuranza. Amen.

SERMON.

ES UNA MONSTRUOSA INGRATITUD

NO SERVIR DE CORAZON

Á NUESTRO CRIADOR.

PARA EL JUÉVES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA
DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Turbæ requirebant eum, et venerunt usque ad ipsum; et detinebant illum ne discederet ab eis.

Las turbas le buscaban; y luego que le hallaron, le detenian para que no se apartase de ellas.

S. Lucas, c. 4. v. 42.

La libertad que el Criador supremo ha concedido al hombre, es limitada hasta cierto punto: así es que ninguno es dueño despótico de su alma, ni puede, sin hacer una atroz injuria á su Dios, renunciar á su salvacion, ni aún exponerse á perderla, permaneciendo en el peligro en que por culpa suya se haya constituido. Es por tanto un deber estrictísimo en nosotros salir del miserable estado de pecadores, convertirnos á Dios, satisfacer á su infinita justicia y emplearnos exclusivamente en su servicio. Pero preciso es desengañarnos: este deber no tiene solo por fundamento nuestro interes individual; la gratitud nos lo impone terminantemente. El Autor soberano de nuestro ser

(1) En las págs. 226 del tomo primero y 323 del segundo de los sermones de *Mision* se hallan dos para este dia, el uno de la probidad y la Religión, y el otro de los consuelos de esta en las desgracias é infortunios de la vida.

exige de nosotros que le amemos de todo corazón, con todas nuestras fuerzas; nos manda consagrar á su servicio todas nuestras potencias y sentidos, dirigir á su honra y gloria todas nuestras obras, palabras, deseos y pensamientos; nos impone la obligación de adorarle á él solo en espíritu y en verdad. Y ¿cómo podremos cumplir estos preceptos, cómo obedeceremos su voluntad sacratísima, si permanecemos voluntariamente en la esclavitud de su mayor enemigo? ¿No nos asegura la Verdad eterna, que es imposible servir á dos señores á un tiempo? Si pues Dios nos exige una obediencia ciega á sus leyes sacrosantas; si quiere que á él solo amemos de corazón, y lo mismo pretende Satanás, es imposible que sirviendo á este por el pecado, nos conformemos con la voluntad de aquel; es imposible que vendiéndonos por esclavos de la indigna criatura mas aborrecida de Dios, reconozcamos á este Señor por único absoluto dueño y árbitro soberano de cuanto disfrutamos; es imposible que reconozcamos el supremo dominio de Dios, alistándonos bajo las banderas del demonio.

Qué obcecación tan criminal! nos entregamos á un tirano brutal y despótico, que ni tiene ni puede tener sobre nuestras almas otro derecho que el que nosotros queremos darle; y retiramos nuestra obediencia á un Señor benignísimo, á quien todo lo debemos, y que por tantos títulos tiene sobre nosotros un dominio absoluto, supremo; un derecho inviolable á exigir nuestras adoraciones; un derecho, de que nosotros ni el infierno todo es capaz de despojarle jamás; un derecho, de que nunca se verá privado, aunque tengamos nosotros la sacrilega osadía de abandonarle expresamente, por pasarnos al partido de su enemigo; aunque tengamos la desgracia de venir á parar á los infiernos. No, aún en este caso no nos sustraeríamos de su dominación, porque todo el castigo nos vendría de su indigna justicia, de la que los infernales espíritus no son mas que unos meros ejecutores, pero tan sumisos, que no pueden separarse un solo punto de sus omnipotentes mandatos. Qué obcecación tan criminal, repito! ¿Hasta cuándo, señores, hasta cuándo hemos de continuar en ella? ¿Será posible que no fijemos una sola vez nuestra consideración en este asunto? Porque estoy seguro de que con solo detenernos á reflexionarlo, nos decidiríamos por el partido del Criador.

La gratitud... ¿De quién hemos recibido el ser, los talentos,

las potencias, los bienes de fortuna, todo cuanto poseemos? Bien persuadidos estáis de que solo de la mano todopoderosa ha podido venirnos; como también de que la gratitud exige para aquel de quien hemos recibido un solo beneficio, un amor verdadero, un afecto entrañable. Fijád, si no, la atención en las turbas, y las veréis correr ansiosas en busca de Jesucristo y rogarle con instancias que no se apartase de ellas; manifestándole por este medio el reconocimiento á los favores que les dispensaba. ¿Qué vergüenza para los cristianos tener que proponerles por modelo de su conducta á los groseros judíos! Increíble parece á no verlo; pero tal debe ser la intención de la Iglesia al proponernos el presente Evangelio. Por conformarme yo con ella, os excitaré al amor de Dios, eligiendo entre otras muchas razones que para ello tenemos, la de ser nuestro Criador.

Dadme, Dios mío, vuestra gracia para conseguir de mis oyentes que todo, hasta la misma vida, lo pongan á vos. Sirva al efecto de medianera la Reina de los cielos que os amó tan eficazmente. *Ave Maria.*

Es muy doloroso tener que recordar á los cristianos unos deberes que á todas las criaturas impone la naturaleza, y que cumplen exactamente aún las que carecen de razón, cuales son los de obedecer sin la menor resistencia las leyes del Criador. Esta obligación es tan sagrada, que por cumplirla salieron presurosas del abismo de la nada las cosas que aún no eran; tan inviolable, que no hay criatura alguna racional que no la tenga grabada en su corazón y la considere como esencial á su naturaleza. Es verdad que así los ángeles como los hombres recibieron con la vida la libertad de obrar como mejor les pareciese; pero el Criador que los hizo libres, no los hizo ni los pudo hacer independientes, porque no pudo criarlos, haciendo al mismo tiempo que no fuesen criaturas. Los dotó de una libertad prudente, racional, acomodada á su constitución, y según convenia para que pudiesen merecer y conseguir la corona. Los dejó en manos de su consejo, es verdad; les puso á la vista el fuego y el agua, la virtud y el vicio, el bien y el mal, para que eligieran libremente lo que fuese de su agrado; pero jamás pensó renunciar el derecho que sobre ellos tenia por

haberlos formado. Los dejó en libertad; pero al mismo tiempo les señaló el premio ó el castigo que merecerian con su eleccion. Los dejó en libertad; pero tambien les impuso preceptos que demostraban con demasiada claridad el dominio del legislador.

Y aunque ninguna ley les hubiera impuesto, en su corazon mismo está bien manifiesta su voluntad omnipotente. Á pesar de la ignorancia y general depravacion á que vino á parar nuestra naturaleza por la culpa, todos los hombres sensatos y que racionan de buena fe, convienen en aquellas máximas que son la expresion de la voluntad de Dios en órden á todos los hombres. Sin otra ley, sin otro precepto debiéramos sacrificarlo todo, por no disgustar á aquel de quien hemos recibido la vida y de cuya mano pende nuestra conservacion, pues sola la gratitud lo exigia imperiosamente. No nos es permitido ignorar que el mismo Dios, á quien debemos nuestra existencia, ha formado el universo. La tierra que nos sostiene, el aire que respiramos, los astros que nos alumbran, las plantas que nos alimentan, los animales que nos sirven, los minerales que nos enriquecen, todo cuanto nos presta el menor servicio, la mas leve comodidad, el recreo mas insignificante, todo lo ha formado el que nos formó á nosotros.

O bondad infinita! ó amor verdaderamente divino! ¿Cómo es posible que abra el hombre sus ojos á la luz, sin que su lengua se desate al punto en alabanzas y bendiciones, sin que tribute á millones acciones de gracias á su bienhechor omnipotente? ¿Á qué criatura podrá dirigirse, que no le diga con las expresiones mas enérgicas: el Criador me ha colocado en este mundo visible para beneficio tuyo?

Pero no tiene necesidad de buscar fuera de sí testimonios de la beneficencia, del amor ilimitado de su Dios: cada uno de sus sentidos, el menor de sus miembros, la ménos noble de sus potencias, la prodigiosa estructura de su cuerpo, la naturaleza ininteligible de su alma, la incomprensible y justísimamente admirable union del espíritu con el cuerpo, la vida, la razon, esa misma libertad... Gran Dios! ¿os habéis propuesto por ventura agotar los tesoros de vuestra omnipotencia para ennoblecer nuestra naturaleza? No hablemos por ahora de las riquezas infinitamente preciosas de la gracia y de la gloria; pero ¿hay en toda la naturaleza criada, desde el átomo mas despreciable

hasta el mas encumbrado serafin, cualidad, honor, distincion, bien alguno que no reúna el hombre dentro de sí mismo? Ah! fijando la atencion en tan excesiva beneficencia, yo no sé cómo no se excita nuestro reconocimiento: me parece necesaria toda la malicia del infierno para corresponder á ella con una abominable ingratitud. Un Josef se persuadió á que atraeria sobre sí la execracion general, si tenia la insolencia de ofender en el honor á un amo, de quien habia recibido tantos honores y beneficios. *Quomodo, dice, possum hæc facere et peccare in Dominum meum?* En qué razon, en qué juicio cabe tal cosa? ¿dónde puede haber tal fondo de perversidad é ingratitud? ¿Cómo era posible que debiendo á la generosa liberalidad de mi Señor todo lo que soy y poseo, me arrojara á cometer la osadía, la injusticia, la infame vileza de ofenderle en lo mas mínimo? *Quomodo possum hæc facere et peccare in Dominum meum?*

Un filósofo gentil se admiraba extraordinariamente de la desfachatez con que los hombres ofendian á su Criador. ¿Cómo es posible, les decia, que seáis tan poco reconocidos, tan ingratos con aquella potestad soberana que os ha concedido la vista, el oído, la voz, la vida? Por tantos beneficios como os ha dispensado, y con especialidad por haberos dado el entendimiento con que podéis conocer todas las cosas, debiais en justicia estar dándole gracias continuamente, y prevenir, si posible fuera, su voluntad para obedecerla, y cumplir con exactitud sus mandatos. Viendo Satanas la dificultad, la imposibilidad de vencer el sufrimiento de Job, exasperando á este hombre pacientísimo contra quien tantos beneficios le habia dispensado, se determina á esperar la ocasion mas favorable para atormentarle de nuevo; y lo verifica despues que el Señor le priva de todos los efectos sensibles de su beneficencia. Y ¿qué comparacion puede haber entre las distinciones concedidas á Josef por su amo y las gracias que Dios habia dispensado al modelo del sufrimiento, con los beneficios que todos los hombres hemos recibido de nuestro Criador? Y aunque estos son innumerables, ninguno llama tanto la atencion como el de la vida: á ninguno suponemos tan acreedor á una rendida gratitud, á un eterno reconocimiento. De aquí el agudo pesar de que se ve oprimido, y con razon, un padre de familias, cuando alguno de sus hijos, no ya positivamente le desobedece, sino que solo le falta al menor de

los oficios, á la mas leve de las atenciones que dictan el amor y la piedad. Y esto no es extraño en un padre, cuando la naturaleza toda se resiente de tan monstruosa falta de correspondencia, valiéndose para hacernos conocer su sentimiento de las acciones de los brutos irracionales, y aún de las criaturas insensibles que pone á nuestra vista, dándonos en rostro con ellas. Las plantas profundizan con sus raíces el corazon de la tierra donde se han engendrado, y se entristecen, se marchitan, mueren, luego que se las arranca del seno materno: no pueden expresar mas claramente su afecto y gratitud. Y procediendo á los irracionales, ¿quién sino la gratitud ha domesticado los mas feroces? ¿Quién sino la gratitud hace que se sometan con tanta docilidad al imperio del hombre? Y el hombre que se supone con un inviolable derecho á servirse de los brutos que alimenta, de las casas que fabrica, de los árboles que planta, de los hijos que engendra; este hombre ¿ha de ser mas estólido que los irracionales, mas insensible que las piedras, rehusando someterse á la voluntad de su Criador? ¿Es por ventura tan dueño de sus posesiones, de sus ganados, de sus alhajas, es tan padre de sus hijos, como de él lo es el Criador? Si me fuera posible detenerme á manifestar esta desigualdad, yo le preguntaría: ¿de quién son los materiales que entran en la construccion de los edificios? de quién es la tierra en que siembras? de quién es el agua que fecundiza las plantas? de quién es la naturaleza que cria los ganados? ¿de quién es el alma, por quien viven tus hijos? ¿de quién es la vida, el movimiento, la razon, los miembros con que haces todas las cosas?

No hay, ni es admisible la menor excusa. Pudiera tal vez excusarse el incrédulo deísta enemigo de la Providencia, que por no verse precisado á obedecer, niega que el Criador haya impuesto leyes á los hombres; pero el cristiano que tiene fundadas sus esperanzas en la verdad de la revelacion y de la Providencia; el cristiano que cree y confiesa ser divino el testimonio de Moises, de los profetas y del Evangelio; el cristiano no puede dudar que Dios ha determinado que los hombres estén siempre sometidos á su voluntad. La razon no alcanza á descubrir otro motivo para la primera ley que el Criador impuso á los hombres, que el haberlos criado: sin él pareceria impertinente y aún ridicula; coloridos con que se la pintó Satanas á nuestros primeros padres para hacérsela despreciable.

No hay necesidad de recurrir á las pruebas rigurosas, á las duras leyes, á los sacrificios tan dolorosos que el Señor exigió de los patriarcas, por cuyo conducto iba plantando y conservando su Religion, para convencernos de que su voluntad ha sido siempre que le amemos á él solo, que le sirvamos á él solo, que le reconozcamos á él solo por nuestro verdadero Dios: en los libros de Moises puso de manifiesto su voluntad para con su pueblo escogido. Examinándolos con atencion, veremos que á cada uno de los preceptos que le impone, añade la razon que le asiste para exigir su obediencia, cual es la de haberle criado y conservarle. Y esta tambien es la razon de haberle prohibido á cada paso con tan severas conminaciones el detestable vicio de la idolatría, por el que los hombres tienen la imprudencia sacrilega de querer trasladar á la criatura el dominio, que exclusivamente le pertenece á él, como Criador, no solo suyo, sino tambien de todas las cosas que para él han sido hechas. Es verdad que manifestó en todos los tiempos su indignacion contra todo género de pecados; mas contra ninguno se encendió en tan reconcentrado furor como contra la idolatría; contra este vicio abominable, cuyo nombre suele aplicar la sagrada Escritura á todos los pecados, como para significar que no hay uno solo en que de algun modo no hagamos al Criador la misma injuria que le hacen los gentiles con sus idolatrías. Aquí no será fuera del caso preguntar, ¿á quién prefiere el hombre en su afecto; quién supone tener mas derecho sobre su alma, Dios que con todo rigor le prohíbe la satisfaccion de sus criminales pasiones, ó esta misma satisfaccion á que tan gustosamente se entrega contra la expresa voluntad de su Dios? La respuesta no puede dudarse, si el pecador quisiera darla con franqueza: al ménos en la práctica prefiere el objeto de su pasion. Oh! si llegara á conocer los resultados de esta loca preferencia! Por dar gusto á su pasion, se ve precisado á disgustar á Dios: eligiendo lo que la pasion le manda, por necesidad elige al mismo tiempo lo que Dios le prohíbe: de modo que sirviendo á su pasion, reconoce en ella un dominio verdadero sobre su alma; la tiene por su Dios; y á Dios por el contrario le desconoce, le desprecia, le niega su obediencia, le tiene en ménos que á la criatura. Y si esta injuria es por necesidad tanto mayor, cuanto mas vil es la criatura á que cedemos el dominio sobre nuestro corazon, ¿cómo es posible formar una idea de la grave-

dad de la injuria que irrogamos á Dios con semejante conducta?

Señor, si yo me admiro de que los egipcios adoren las figuras de los animales mas inmundos y de las mas asquerosas plantas, ¿qué diré de los cristianos pecadores, que con mas insolente y descarado menosprecio de vuestra majestad suprema, doblan la rodilla delante de unos ídolos, mas inmundos, mas asquerosos, mas detestables sin comparacion que los de los egipcios?

Mas detestables, sí; porque no conociendo aquellos infelices la verdadera Divinidad, y no pudiendo pasar sin algun Dios, no es extraño que tributaran honores divinos á aquellas criaturas, de quienes habian recibido favores extraordinarios. Pero nosotros, ay! nosotros que conociendo no haber cosa que no haya fabricado la omnipotente mano del Señor, no solo damos á las criaturas lo que á él debemos, sí que ademas convertimos sus beneficios en armas con que hacerle la guerra, en medios con que violar todos sus derechos, con que atentar á su mismo poder; nosotros abrigamos intenciones mas detestables, nos entregamos á una idolatría mas diabólica. Dónde está nuestra fe? cuál es nuestra religion? qué es de nuestro entendimiento, necios pecadores? Blasfemos, perjuros, maldicientes, murmuradores, al poner en movimiento vuestras lenguas, ¿olvidáis que son instrumentos formados por el Criador para bendecirle, alabarle, dirigirle nuestras súplicas, promover su honra y gloria? Avarientos, usurpadores inicuos de lo ajeno, ¿podéis ignorar que condena todas vuestras injusticias aquel Dios que ha hecho vuestras manos? Orgullosos y soberbios, si juzgáis que todo se os debe, ¿por qué desconocéis lo que debéis vosotros al Criador omnipotente, que con solo querer os ha formado tales cuales sois, y aún mucho mas nobles, mas dignos, mas perfectos de lo que sois al presente? De dónde os ha venido esa razon que os ensoberbece? ¿De dónde, idólatras viles de vosotras mismas, de dónde os ha venido esa belleza, cuyos atractivos empleáis en robar al Criador las almas que él habia formado para sí? Pecadores, ¿de dónde os han venido todos los instrumentos de que os valéis para cometer el pecado? Si tenéis fe, no podéis ménos de confesar que todas las criaturas son propiedades del Señor. Y ¿no es una sacrilega injusticia robarle lo que por tantos títulos le pertenece? Parece increíble, Señores: es

preciso que os avergoncéis de semejante monstruosidad. Si algun historiador nos refiriera que los idólatras se conducian de esta manera con sus fingidos dioses; que los herejes é impíos observaban esta conducta con sus padres, con sus amigos, y aún con los extraños y desconocidos, nos resistiríamos á creerlo; lo juzgaríamos imposible; y si acaso asintiéramos á esta relacion en obsequio del historiador, horrorizados exclamaríamos diciendo, que aquellos no eran hombres, sino fieras, y mas que fieras monstruos abortados por el infierno. Y ¿no nos horroriza, no nos extraña siquiera en nosotros mismos lo que tan justamente reprobamos en aquellos? ¿Nosotros hemos de hacer á cada paso con la majestad del supremo Hacedor lo que con tanta razon nos parece abominable y aún increíble en ellos respecto á sus iguales? Yo supongo que no fijamos en esto la consideracion, pues si la fijáramos, si no la razon y la justicia, el propio interes por lo ménos, el peligro que nos amenaza, nos harian entrar en nuestro deber; nos pondrian de manifiesto que injuriando al Criador, nos perjudicamos á nosotros mismos, puesto que se verá precisado á dejar de conservarnos, á destruirnos en vista de nuestra ingratitud.

Pero ¿será posible que abusemos del conocimiento y experiencia que tenemos de sus bondades, de su amor, de su sufrimiento, para ofenderle? Horroriza el oírlo; pero no puede ocultarse que es así. Dios justo! ¿con que vuestra bondad infinita se convierte por culpa nuestra en fomento de nuestra ingratitud? ¿con que por saber que sois sumamente amable, tenemos la insolencia de despreciaros, de insultaros sin temor alguno? Ah! temblád, miserables pecadores. Es ilimitado el amor que este Dios bueno profesa á sus criaturas; no puede compararse con el suyo el que profesa al hijo predilecto la madre mas tierna y cariñosa: esto es verdad; pero tambien lo es que este mismo amor agrava sobre manera nuestra ingratitud y nuestros delitos. Su paciencia, aunque infinita, se cansa ya; no puede sufrirlo; se deja vencer de las voces de su irritada justicia, y... ¡Desventurados de nosotros, si llega el momento fatal! Su amor mismo, su misma bondad será entonces la medida del rigor con que ha de castigarnos. Yo me estremezco al oír las amargas quejas en que prorrumpe, y la inmensa desgracia con que repetidas veces nos amenaza, pero con especialidad por Moises, cuando estaba ya próximo al fin de su vida. Yo quisiera referir

sus palabras, aunque por una parte me falta el valor, por ser demasiado terribles, y por otra temo excitaros con ellas mas bien al temor que al amor, cuando deseo vivamente que seáis, no esclavos, sino hijos fieles de vuestro Dios; cuando pretendo que le sirváis, no por temor á su justicia, sino por amor á su bondad. Sin embargo en la suposicion de que haréis de ellas el uso debido, voy á recordaros algunas.

Hæcine reddis Deo, popule stulte et insipiens? decia á los que ántes componian su amado pueblo : así correspondes á las finezas de tu Dios, así pagas los beneficios que te ha dispensado, generacion prava, pueblo insensato? *Deum qui te genuit dereliquisti?* has dejado á tu Dios, has despreciado á tu Criador, te has vuelto contra quien te sacó de la nada, contra quien te conserva la vida, contra aquel sin cuyos auxilios ni puedes respirar una vez sola, contra un Dios que te ha criado para sí, contra el único dueño de tu alma y cuerpo, de tus potencias y sentidos, de tu vida y de todo tu ser? Necios amadores del mundo, ¿no habéis reflexionado que al ofenderme á mí, ofrecéis en sacrificio al demonio, no ya solamente vuestros hijos, sino tambien vuestras almas? Y ¿queréis que yo sufra tanto, que consienta tan sacrílego desprecio? No, ya se apuró mi sufrimiento; ya se ha encendido mi furor, y he resuelto haceros conocer por experiencia, que jamas se burlarán impunemente de mí las viles criaturas. Yo seré mas justo que vosotros olvidándoos, despreciándoos, castigando vuestra alevosía; en lo que nada haré sino observar escrupulosamente con vosotros la conducta que habéis observado conmigo: *Ipsi me provocaverunt in eo qui non erat Deus...*, *et ego provocabo eos in eo qui non est populus* (1) : vosotros no me habéis querido por vuestro Dios; del mismo modo yo no os consideraré como mi pueblo predilecto. Vosotros me habéis insultado, dando á las criaturas los honores divinos que me debéis á mí como vuestro único y verdadero Señor; habéis elegido dioses á vuestro gusto; habéis fabricado vuestros ídolos, los habéis adorado, los habéis propuesto á la adoracion pública, diciendo con solemnes y festivas aclamaciones : estos son tus dioses, ó Israel; yo os desecharé á vosotros, y llamaré á las naciones que hasta ahora no me han conocido. Para mayor confusion vuestra formaré mi pueblo de

(1) *Deut. c. 32. v. 21.*

los ignorantes y bárbaros gentiles, que como á mí habéis despreciado, y diré para gloria suya en presencia de todo el mundo : este es mi pueblo amado; este es el objeto de mis bendiciones; este es el heredero de la gloria que destino á los que me adoren verdaderamente : á este he trasladado la Fe, la Religion, la virtud, el amor, la proteccion, la benevolencia y la fundada esperanza de una gloria inmortal.

Cristianos, ya ha tenido su cumplimiento tan terrible amenaza : Dios ha borrado á los hebreos del número de sus hijos; ha extinguido en su corazon la brillante antorcha de la Fe; los ha desheredado; los ha declarado indignos del reino de los cielos; los ha abandonado á la ignominia, al oprobio, á la miseria, á las potestades infernales. En su lugar entrámos los gentiles á formar su pueblo, á participar de su amor y proteccion. Con ese objeto vino al mundo; segun hoy Jesucristo les dice á los que mas reconocidos que nosotros le instaban á que permaneciese en su compañía, vino á predicar y predicó su ley sacratísima á todas las gentes. Mas, ay de nosotros, si tenemos la desgracia de despreciarla! ¡Ay de nosotros, si como aquel pueblo ingrato desconocemos á nuestro Criador; si le negamos la obediencia; si le disputamos el dominio de nuestro corazon; si le posponemos á las viles criaturas, á nuestras pasiones, al demonio! Entónces...

Pero yo me separo de mi idea principal : no debo exhortaros á que temáis la suerte de los judíos rebeldes, sino á que imitéis la gratitud de los que hoy van á buscar á Jesucristo. Y si cuanto mayores son los beneficios, tanto mayor debe ser el reconocimiento á quien nos los dispensa, ¿con cuánta mayor razon que aquellos debemos nosotros buscar á nuestro Dios, llamarle á grandes voces, instarle á que reine dentro de nuestras almas, á que fije en ellas su morada para siempre?

Venid, Dios mío y padre de las misericordias; venid á favorecernos en medio de tantas tribulaciones. Mirad que somos obra de vuestras manos, y que nunca hemos pensado en disputaros vuestros derechos, aunque así lo hayamos manifestado por falta de consideracion en nuestra conducta. Venid, padre amorosísimo; quedáos en vuestro pueblo; no nos dejéis por predicar en otras partes vuestra Religion, que en ese caso somos perdidos. Venid siquiera atraído de las oraciones de los justos, pues mas de diez habrá entre nosotros que os adoren

con sencillez y pureza de corazón. Mirad por la gloria de vuestro santo nombre, haciendo enmudecer á los insensatos que tienen la osadía de desconocer vuestra providencia diciendo : *manus nostra excelsa, et non Dominus, fecit hæc omnia* (1); pero compadeciéndoos al mismo tiempo de las flaquezas de los que, aunque pecadores, os reconocemos como único dueño de nuestras voluntades. Hacéd por último que os amemos, sirvamos, adóremos, cumplamos exactamente vuestra ley, y seamos siempre, siempre vuestro amado pueblo. Amen.

(1) *Deut. c. 32. v. 27.*

HOMILÍA.

SOLO LA GRACIA DE DIOS

■ PUEDE HACERNOS FELICES EN ESTA VIDA.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA
DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi: da mihi bibere; tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam.

Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber; tú de cierto le pedirias á él, y te daria agua viva.

S. Juan, c. 4. v. 10.

No son ménos sublimes que numerosas las ideas que excita en mi alma la lectura del presente Evangelio. Un Dios inmenso fatigado de tan corto viaje! ¡un Dios, impasible por naturaleza, sujeto á las miserias que son en el hombre tristes presagios de su mortalidad! ¡un Dios, criador omnipotente, mendigando de la vil criatura un vaso de agua, para mitigar su sed! ¡un Dios, santo por esencia y tan celoso de su honra, familiarizándose en público con una infame pecadora! ¡un Dios, infinitamente sabio, cometiendo á una imprudente mujerzuela la predicacion de su divinidad! ¡un Dios justo franqueando el inmenso tesoro de sus gracias á un endurecido corazón, que le niega un vaso de agua junto á la misma fuente! ¡un Dios... pero no hay en todo el Evangelio una sola palabra en que no se oculten misterios muy profundos; que no arrojen de sí documentos del mayor interés.

Si la mision, si la vida y muerte del Salvador no tuvieran